

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEON

Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO
 SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número
 ADMINISTRACIÓN
 Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 —
Provincias y Portugal, tri- mestre.	2 —
Año.	8 —
Número atrasado.	0,25 —
85 ejemplares.	1,50 —

AÑO III | Madrid 20 de Mayo de 1897 | NÚM. 60

MATUTE FRUSTRADO



Gracias á que la gente anduvo lista,
 que lo que es la intención ya estuvo vista.

Jueves de Gedeón

—Vaya, Calínez, ayúdame a poner estas colgaduritas.

—Con mucho gusto; ¿pero por qué las pones, Gedeón?

—Por la entrada de Polavieja.

—¿Si Polavieja entró el domingo y hoy es jueves?

—¿Y eso a ti y a mí qué nos importa? Yo soy diputado ministerial y hasta ahora no he recibido orden del Gobierno para colgar mis balcones.

—¿Caramba! Gedeón, este Gobierno es un Gobierno muy bien educado.

—¿Por qué?

—Porque le cuesta muchísimo sacar los trapos a relucir.

—A bien que van a abrirse las Cortes y saldrán todos.

—Ahora me explico que se haga tan de penceas para colgar los edificios públicos. ¿Como que dentro de poco se colgarán ministros!

—Ya los han colgado.

—¿De dónde?

—Del balcón de una casa sin número. Cuando se asomó a ese balcón la familia que habita en la casa, la gente que se apiñaba en la calle lanzó frenéticos vitos, y el Presidente y los ocho ministros sacaban la lengua lo mismo que si estuvieran colgados de la barandilla. Tú ya sabes la preocupación popular respecto a los dientes de ahorcado; pues bien, una vieja metió la mano en la boca de Beránger y le sacó una muela acorazada con cubierta de níquel y más postiza que las pruebas de cualquier buque construido en el extranjero. Total, que el amuleto no le servirá a la vieja para nada, porque ya está visto que las muelas de Beránger son como las grandes construcciones navales que poseemos: se les hace agua hasta en la boca del ministro de Marina.

—Eh, es que si el día de la llegada de Polavieja no dan desde Gobernación a los demás ministerios la orden de cuelga, hubiéramos tenido en Madrid algo muy gordo.

—Así lo creo yo, porque el instinto popular comprendió desde el primer momento que los ministros eran los que debían aparecer colgados. Por fortuna, Cos-Gayón se enteró a tiempo de los propósitos y cavilaciones del respetable público, y comenzando por las autoridades ordenó a Sánchez Toca que se colgase.

—¿De su propia nariz?

—Naturalmente. Después ordenó lo mismo a Peña Ramiro.

—Se colgaría de una erre doble.

—Seguidamente circuló idéntica orden a los ministerios.

—¿Qué contento se pondría el colega de Ultramar! Colgado a cierta altura parecería un racimo. A pie no es más que un grano que le ha salido a D. Antonio.

—Eh, es que el motín que se temía no estalló, y con eso de las colgaduritas póstumas y el bonito juego de prestidigitación realizado con el cuerpo del general Polavieja, el Gobierno salió como una seda de su mal paso, y vamos viviendo ó tirando hacia las Cortes.

—¿Tú has oído hablar, Gedeón, del Mago de los salones?

—¿Un prestidigitador que usa ese pseudónimo?

—El mismo; hace unos juegos de manos que dejan confuso y absorto al más avisado. Escamotea peceras, quinqués, jarrones, qué sé yo; pero todavía no ha escamoteado trenes. Esa hazaña estaba reservada al Mago de la Huerta.

—¿Y cómo no ha de proteger éste a ciertos concejales, Calínez, cuando él mismo les dá el ejemplo escamoteando a todo un general. De seguro que tan gloriosas aventuras no las cuenta en su Memoria.

—¿En qué memoria?

—En la suya; en la que va a presentar a las Cortes.

—¿Cánovas va a presentar su memoria a las Cortes? ¡Infeliz D. Antonio! Su entendimiento se lo dejó en la oposición, su voluntad la tiene Morlesín; pues si ahora se despoja de la memoria ¿qué le quedaf?

—Tú habrás oído decir, Calínez, que la Memoria es el talento de los tontos; pues por eso dirige la suya Cánovas a los diputados de la mayoría.

—¡Ah! vamos, explicada de esa manera todavía me parece la cosa muy puesta en razón. ¿Y de qué hablará a las Cortes el talento de nuestro gran estadista?

—De la campaña de Cuba con los datos y los juicios de Weyler y de la campaña de Filipinas con los juicios y los datos de Primo de Rivera.

—¡Entonces, dí que la Memoria es de Weyler y de Primo de Rivera y no de Cánovas!

—No, hombre; es que D. Antonio se cartea mucho con ellos y con los juicios y los datos que de sus respectivas campañas le remitieron ambos generales, ha aderezado nuestro grande hombre una misiva a las Cortes que termina con la consabida fórmula de «memorias a todos». Esto es lo que tiene de Cánovas el documento y por eso se llama el papelito, la Memoria del gobierno.

—¿No será también, porque aún se acuerde éste de que existen Cuba y Filipinas? Porque si fuera como tú dices por los recuerdos que mediando

D. Antonio nos envían esos generales, no se llamaría tal misiva la Memoria, sino las Memorias de Cánovas, y estarían en verso, con cada ripio como D. Martín Esteban. El presidente del Consejo no puede acordarse de su juventud sin que se le rimen hasta los ojos. ¡Oh, qué época la suya aquella en que, merced al programa del Manzanares, éste salió de aprendiz de río, y él de aprendiz de estadista! Y si los miras bien, los dos llevan hoy la misma agua. De todas suertes, Gedeón, eso de las Memorias me suena a cosa de entierro. Ningún hombre célebre las escribe, sino en sus postrimerías y será de un efecto terrible cuando un diputado de oposición se levante en las Cortes y diga: A la Memoria del gobierno. Padre nuestro... etc. etc.

—¿Cómo, Calínez! Tú crees que el gobierno está ya en las últimas?

—Yo creo, Gedeón, que Polavieja se puso la venda para entrar en Madrid, siendo otro el descabrado.

—¿Pero qué puede reprocharle el país a este gabinete?

—Que parece un gabinete de esquina; siempre está de punta con alguien.

—También han llegado a mis oídos muy malas noticias para la situación conservadora. Dicen que Cánovas tiene una levita vieja la cual se endosa en los días de oposición para dedicarse a las faenas de hortelano erudito. Pues bien, el mismo día de la llegada de Polavieja a Madrid mandó que la sacudieran el polvo.

—Sería para hacer boca por si había que sacudir el polvo a las levitas ó a las chaquetas de los manifestantes.

—Además, se atribuye a D. Antonio la afirmación de que el no es capaz de representar la segunda parte de *El vergonzoso en Palacio*.

—¿Y cuál es esa segunda parte?

—Pues, el que no quiere avergonzarse en aquel mismo lugar.

—¿Pero qué le habrá hecho Polavieja al jefe del Gobierno para tamaños rencores?

—Ponerse enfermo de la vista. ¡Hasta eso de los ojos es por fastidiarme!—exclamó Cánovas cuando supo la dolencia de D. Camilo.

—¿Los liberales estarán ébrios de gozo?

—Figúrate. Todos estos días se reúnen sus prohombres en la habitación del nuevo Circulo que les está destinada y apenas entran en ella empiezan a abrir la boca.

—Claro, como que según dijo el *Heraldo* está tapizada de color salmón. ¿Cuanto tiempo hara que los fusionistas no se habrán tapizado de lo mismo!

—En suma, que D. Praxedes está ya con un pie en el estribo de la presidencia.

—Le quitaron el poder unos subalternos y se lo devuelve un teniente general. ¡Caramba, la carrera que ha hecho ese hombre!

ALELUYAS DE LA MANIFESTACIÓN

Como ustedes ya sabrán llegó el héroe de Silan.	Es vencer la insurrección crimen de lesa nación.
Juanito Pedal, ligero trajo el aviso primero.	Polavieja es condenado por tan horrendo pecado.
Iba vestido de blanco y no sufrió ni un atranco.	Le sentencian, por su mal, a tren expreso especial.
Coge el mensaje Rancés con grandísimo interés.	Bajaron a la estación muchísimos en comisión.
De gravedad se reviste y no hace siquiera un chiste.	Por poco si hasta el invierno los detiene allí el gobierno.
Pronto los conservadores dijeron pestes y horrores	Castellano y Villarroya bajó y también Miguel Moya.
del héroe de Filipinas que nos trajo las gallinas.	No fué nadie de <i>El País</i> pero sí fué Pepe Luis.
Don Antonio y otras gentes le ponen inconvenientes.	Y no faltó Reparaz, el cual de todo es capaz.
Le obligan a hacer el viaje cual si fuera un equipaje.	<i>El Imparcial</i> dió el desquite al vencedor de Cavite.
Por vencer a los tagalos por poco le dan dos palos.	Y el gobierno dió un plantón a los de la comisión.
Que a don Antonio la gloria le importa una zanahoria	Silvela, con sus refuerzos encargó catorce almuerzos.
Pues para el gobierno (es llano) solo vale Valeriano.	Los silvelistas están todos en el <i>restaurán</i> .
Y por eso a don Camilo le han hecho sudar el quilo.	Dieron de postre una oda: de Cavestany era toda.
El pueblo y la gente moza se entusiasma en Zaragoza.	Francos, de la espera vana cansado, llamó al buen Llana.
Mas no le dejan pasar ni oír misa en el Pilar.	Juntos <i>planean muy bien</i> su nuevo drama <i>El andén</i> .
Gobierno que andas con prisas ¡ya te lo dirán de misas!	Por fin llegó el general sin recepción oficial.
Va el tren con más rapidez que el de Antonio <i>aquella vez</i> ...	Ni aún le dijo:—Adiós, amigo— el señor Peña Gamigo.
Y eso que entonces soplaban los pitos y le <i>empujaban</i> .	Mientras le aclaman las gentes Peña <i>ggechina</i> los dientes.

Manda a los *guirís*, muy listo, *despistar* a todo cristo.

Y así engañan los guindillas a algunas gentes sencillas.

En tanto el cortejo va por la calle de Alcalá.

Y al llegar a la Cibele se cambiaron los papeles.

Resultó, mal de su grado el gobierno el *despistado*.

De los vivas dan la seña los barbianes de *la Peña*.

Se oyen frases lisonjeras que parten de las peceras.

Los ministerios *colgados* se encuentran abandonados.

Se asoman, muy placenteros, tan solo, algunos porteros.

En Gobernación la bola cae de repente ella sola.

Y dice el pueblo escamado: —Esa no me la he tragado.

Un ministro se mosquea viendo al general Correa.

Pues sin duda, el muy pelmazo se teme algún correazo.

En Platerías ¡que ganga! fué Toca y soltó la manga.

Pero en el Prado ¡oh gran Toca! nos llegó el polvo a la boca.

Y decía Barraquer: —Esto ya es mucho moler.

Llegan al Ayuntamiento y el público, tan contento.

Dan vivas los concejales y personas principales.

Obligado por los vivas se asomó el duque de Rivas.

Y al ver su cara tan larga, mandó Morera una carga.

Los isidros se asustaron y hacia *El Liberal* tiraron.

Yo no me hallaba presente,

mas me lo ha dicho la gente.

Eh, es que fué la ovación de mayor *circulación*.

Y que esto tendrá mal fin lo auguraba Morlesín.

Sagasta, en su ten con ten, se ha callado y no hace bien.

Su mutismo desespera a don Alberto Aguilera.

Hubo algunos fusionistas entre los *ovacionistas*.

Pero las más de las gentes eran personas... pudientes.

Lo afirmo aunque *El Nacional* de fijo lo tome a mal.

Noble amigo Figueras, no es nada digno de loa contarle cuentos de vieja al ilustre Polavieja.

Pues no hay nadie que le quite las victorias de Cavite.

Da vergüenza que se ataque a quien venció en Parañaque.

Pero es lo que yo más siento ver a Cánovas contento.

Que aunque vino el general, no ha habido crisis total.

Y a mí me da parálisis pensar que no ha habido crisis.

¡Y no ha salido siquiera Tejada de Valdoserá!

Hay que hacer sin dilación otra manifestación.

Aguilera y Romanones, preparad vuestras legiones.

Hable usted al fin, don Mateo, que esto se pone muy feo.

Vuestra situación es crítica ¡oh, isidros de la política!

Si de tal modo seguís, pronto se aburre el país.

Y os mandará sin trabajo... al ventorrillo del Grajo.

EL OFICIO DEL GOBERNADOR

(Hay un sello que dice: «Gobierno de la provincia de Madrid.»)

Excmo. Sr.:

Oficio mío es este porque yo lo firmo sobre este humilde y marginado papel de barbas, mas no a ellos me refiero, sino al pobre oficio y desairado papel que me ví obligado a desempeñar el domingo pasado para conservar el orden en esta villa de mis pecados, apreturas y pisotones.

Prensado, estrujado, constreñido y laminado por los grupos, entre los cuales pasé todo el día, puedo asegurar a V. E. que en mi vida me he visto en tal apuro, como dijo el poeta, y que nunca como en aquella tarde infausta pude comprender la filosofía política que encierra la frase famosa de otro poeta español: *Hay que comprimirse*.

Dijome V. E. que conservara el orden, y como no agregé a qué orden se refería, yo procuré conservar los todos, desde el orden de factores, que conservé perfectamente en la estación, hasta el orden alfabético, que también observé escrupulosamente en tal manera, que al llegar a la R pude pronunciarla perfectamente, gracias al pisotón de un manifestante que me hizo prorrumpir en un taco sonoro y redondo de esos que se castigan con quince días de arresto cuando el que los profiere no está revestido de autoridad.

Si V. E. con su omnipotente sabiduría se hubiera encargado de cumplir mi misión, tal vez hubiera salido de ella con menos quebranto, porque el saber no ocupa lugar, pero yo lo ocupé, Excelentísimo señor y fuí víctima de la ley de la impenetrabilidad, tantas veces reñida con la ley de orden público. Peña soy y Peña me llamo, y como tal Peña aguanté los embates del oleaje madrileño y de las corrientes de opinión que contra mí se estrellaron en espumas ó poco menos. Lo que yo pasé, sufrí y padecí en aquella tarde infausta, dígalo, nó mi palabra, sino todo mi cuerpo, que mirado de frente es un plano y mirado de perfil es una arista. No soy el gobernador, sino su propia estampa, y al llegar al gobierno de vuelta de aquella feroz jornada, los escribientes de la secretaria me recibieron con esta pregunta:

—¿Es al señor conde ó a su plegadera a quien tenemos el gusto de saludar?

Tiene razón V. E. La prensa y sólo la prensa tiene la culpa de la aplastante manifestación del domingo. ¿Quiere V. E. una prueba fehaciente de esa

responsabilidad de la prensa? Pues contemple mi cuerpo prensado.

El relato de mis desventuras quedará escrito en mi propio cuerpo. ¿Qué mejor pliego de papel?

Ya en la estación tuve el primer choque con un señor Villanueva y con otros señores que por no encontrar en la fonda más que ligeras viandas, quisieron seguir el almuerzo sobre el andén y la emprendieron con otro principio: con el principio de autoridad. Cedió ante el señor Villanueva por temor á una nueva variación en el itinerario, porque como el dicho apellido me sonaba á pueblo aragonés ó catalán, me dije: ¡Callemos! Quizá sea este señor alguna de las estaciones del tránsito.

El paso de la manifestación por los paseos del Botánico y del Prado, por la calle de Alcalá y por la puerta del Sol fué un continuo sobresalto para mí, pues como ni un solo instante dejara de ver las estrellas, llegué á pensar que la noche se echaba encima y con la noche todas las negruras que el mismo general Polavieja pudo prever, puesto que venía desde Barcelona con gafas ahumadas.

Por lo que llevo dicho, comprenderá V. E. lo que callo y por lo que refiero todo lo que podría relatar. Pocos son mis méritos para aspirar á una cartera en la primera crisis, pero tampoco eran mayores los del ministro de Ultramar, y si muy semejantes á los míos cuando se opuso en Zaragoza á otra memorable manifestación. Atienda V. E. la súplica de este gobernador prensado, comprimido, laminado y estrujado, y cuando haya una cartera vacante acuérdesese de mí, siquiera para meterme en ella.

Aquí doy fin, Excmo Sr., y á falta de obleas yo mismo me pego en la punta del sobre y hago que me aprieten un poco mas para mayor honra y gloria de V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años de trabajos como los míos.—Madrid 18 de Mayo de 1897.

EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA.

(Hay una rúbrica, es decir, un lío.)

Excmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros.

CHASCARRILLOS REMOZADOS

—Señor—le decía Gedeón á Cánovas—deseo complimentar al general Polavieja, en nombre de Vucencia.

—Inzolente!—contestó Cánovas, echando lumbre por los ojos, cuyos fuegos se cruzaban.—¿Quién te manda interpretar miz penzamientoz? Yo no felicito á nadie ¿lo entiendes? Zi quieréz ir, ve tu zolo y no vuelvaz por aquí.

—Bueno; iré yo solo, pero, dígame V. E. ¿dónde vive el general?

—Ze há mudao.

—Hablaban en el comedor de Sagasta varios concurrentes asiduos y comentaban el recibimiento hecho al marqués de Polavieja.

—Parece que estuvo muy animao,—dijo D. Santiago de Angulo.

—Ha sido un buen día pa los hidros,—afirmó olímpicamente Perico Luna.

De pronto, penetró Aguilera echando chispas y exclamó con voz de trueno:

—D. Práxedes, es preciso hacer algo.

—Sí—indicó D. Práxedes con voz mortecina,—precisamente iba á mandar que me hiciesen chocolate.

—¿Qué chocolate, ni qué cuernos!—rugió Alberto Magno—hay que tomar una determinación. El gobierno ha engañado á la opinión liberal: se ha dado una bofetada á la patria...

Y D. Práxedes, rascándose nerviosamente y envolviéndose mejor en la bata de brega, dijo:

—¡Ah! sí! Una bofetada ¿eh? Pues, ahí me las den todas.

¡EL PAPEL VALE MAS!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Don Benito ha publicado su novela *Misericordia*, de la cual ha de hablar mucho la crítica.

Y si no habla, peor para la crítica.

Al Sr. Blasco Ibáñez no le ha gustado la novela, porque en ella no se pintan los sufrimientos del obrero: argumento aplastante, como ustedes ven.

Fíjese un poco, amigo Blasco Ibáñez: de ese modo Piave podría decir que no le gustaban los cuentos valencianos de usted, porque en ellos no se dice una palabra de Galicia, ni se cita á Morlesín. Claro está que el obrero sufre: pero de ese *negociado* se encargó hace tiempo Dicenta, y no es cosa de quitárselo.

Tampoco nos parece muy oportuno hablar del *macferlan* de Don Benito, apropósito de *Misericordia*. Créame, Blasco Ibáñez, haga cuentos, ya que los hace bien, y déjese de *chismes*.

El Bachiller Francisco de Estepa ha presentado ciertos *Académicos en Cuadrilla* no en el Circo de Price, sino en un libro.

Que la cosa no era apropósito para espectáculo público lo declara el mismo Bachiller, quien dirigiéndose al presidente de la Real Academia dice:

«En el seno de esa Casa más de un individuo se cisca, Excelentísimo Señor.»

Y eso no puede hacerse cara ó cruz al respetable senado sin que intervenga Peña Ramiro. Los académicos que el Bachiller denuncia son aquellos cuatro socios que publicaron un volumen de *Cuentos y chascarrillos andaluces* recogidos, según decían, de la boca del vulgo.

Pero el aludido Bachiller afirma que el tiro les salió por la culata, pues no hay tal boca, ni tales andaluces, ni tales chascarrillos, sino un amasijo de chocarrerías detonantes y mal olientes.

¡Oh implacable Campillo! tu pluma será siempre una verdadera pluma! D. Francisco se incomoda con los *bipedos* de la colección de chascarrillos y les acusa de tener un estilo *pedestre*. Afirma que todos ellos sirven únicamente para alcaldes *pedáneos* y que el volumen que publicaron parece una traca por las detonaciones y una fuga de gas, porque dá en el olfato y denuncia soluciones de continuidad. Ello es que el Bachiller se burla con mucha gracia de los coleccionistas de chascarrillos andaluces tan aficionados al peón de música.

¡Y luego dirán algunos envidiosos que Gedeón abusa de las gracias de Campillo! Cuando cuatro académicos lanzan á los cuatro vientos ejemplares de tal obra, ¿qué va á hacer Gedeón si no imitarlos, aunque por boca de D. Narciso?

¿No es ese, hoy por hoy, el camino de la Academia?

¿Se acuerdan ustedes de las lamentaciones y de los *trenos* que cantaron los redactores de *El País* cuando la autoridad decidió su *enlacenamiento*? Pues ahora resulta que todas aquellas quejas eran *jonjana pura*. Así lo declara uno de los *interesados*, nuestro amigo Ricardo Fuente, en su libro *De un periodista, que viene de aparecer*, como diría Bonafoux. Según Fuente, en la Cárcel Modelo se está mucho más a gusto que entre los partidarios de la Unión republicana. Él estuvo en la celda F, y bien se echa de ver que, como Fuente es mozo listo y simpático, de buena gana enviaría á sus correligionarios á otra celda: á la M.

Envíelos de una vez, arroje al cesto las palabrotas gruesas de *fondista* intransigente, límpiese de gusanos de Rochefort, y Fuente será la Fuente de los milagros.

Lucha extraña. No se trata de la extraña lucha que ha entablado D. Antonio Cánovas con D. Camilo Polavieja, sino de una novela publicada por el distinguido escritor y ya con apellido doble Sr. López-Ballesteros. El prefacio es suyo (del Sr. Ballesteros), el prólogo también, el argumento ídem, la edición muy propia, de modo que lo único extraño que hay en la novela es el título.

La obra se lee con interés y deleite, pero por mor del enladrado título recuerda lo que le ocurrió á un notable poeta navarro, quien, recitando en público cierta composición, había de decir:

—No es posible luchar con el abismo;—pero el hombre se equivocó y dijo:

—No es posible luchar con el obispo.—Ahí tiene el Sr. López-Ballesteros, como hay ciertas luchas extrañas imposibles.

Deseamos que la suya con el público, le sea muy abundante en pesetas.

COMUNICADO

En prueba de imparcialidad nos vemos precisados á publicar la siguiente carta, que pensamos recibir un día de estos:

Sr. Gedeón.

Mi distinguido correligionario: He tenido noticia de que pensaba usted sacar á relucir todos mis méritos y servicios en su ilustrada hoja.

Soy enemigo de exhibiciones, y como todo el mundo conoce las causas de mi ascenso al *brigadierato*, considero inútil dar margen á que vuelva á repetirse por ahí la frase popular:—¡Brigadier Talegón! ¡Talegón brigadier!

A este propósito, no puedo menos de recordar esta frase del gran Condé á Alfonso VI el Sabio, la cual leí ayer al arrancar la hoja de mi calendario norteamericano:—Monseñor, las cosas claras y el chocolate espeso.

Con este motivo, me reitero de usted afectísimo colega, servidor y capellán,

EL BRIGADIER TALEGÓN.

.... y armas al hombro

El lunes descargó un aguacero sobre Madrid. Era el mismo que el Gobierno de D. Antonio, el *Empuja-trenes*, había contratado para el día anterior.

El retraso de la lluvia se explica. Ya sabemos todos que el Gobierno no sabe entenderse con las alturas.

El martes hubo carreras. También las tenía contratadas el gobierno para el domingo.

Y debieron haberse verificado en la calle de Alcalá.

Mucho deploramos estos detalles ocurridos en la representación al aire libre de la conocida obra dramática:

«Un general, un gobierno y varias equivocaciones.»

Tenemos otra vacante en la Academia. Supongo que no faltarán los *sábitros*... ni las sátiras tampoco.

Telegrama de Génova:

«En la mañana de hoy se ha celebrado la primera misa á bordo del acorazado español *Cristóbal Colón*, con asistencia de todas las autoridades de la localidad y gran número de señoras.

Nosotros estábamos en la sacristía. Quiero decir, en el ministerio de Marina. Que es de donde salen esa misa y todas las demás.

Lo que urge:

«Pronto se hará una combinación de altos cargos, con motivo de haber cuatro vacantes que han de proveerse en breve. Que se proyeen inmediatamente. La naturaleza burocrática tiene horror al vacío.

Parece ser que la humanitaria república norteamericana se propone llevar víveres á los súbditos norteamericanos que padecen en Cuba hambre y sed de justicia y no por su casa.

Y ahora que se quejen en la isla.

Pedían las reformas.

Pues ya tienen reformas... y un jamón.

Con toda la demás carne de cerdo que les envíen desde la Florida.

Quando escribimos estas líneas, está organizándose una serenata en honor del marqués de Polavieja.

Tomarán parte en ella la banda de San Bernardino, cuatro estudiantinas y el orfeón «Eco de Madrid». La banda y las estudiantinas no sabemos si obtendrán permiso del gobernador.

Por el or-feón ha intercedido el Sr. Frontaura.

Leo y corto... y tiro las tijeras á rodar:

«El Sr. D. Sagismundo Moret ha llegado esta mañana de Vitoria.»

Pero hombre ¿se puede usted estar quieto?

—Mira lo que dice un periódico de Montevideo.

—¿Qué dice?

—Que está plenamente confirmado el descubrimiento del microbio de la fiebre amarilla.

—¡Albricias para España! Llevemos al instante ese descubrimiento y su plan curativo correspondiente, á los hospitales de Cuba.

—Un poco de calma. ¿Estás seguro de no encontrar oposición?

—Y ¿quién podría oponerse á tan humanitaria obra?

—La humanitaria república de los yankees.

El último fraude:

«El juez Sr. Gallón que entiende en el proceso incoado por fraude de sellos en algunas oficinas telegráficas, ha dictado auto elevando á prisión la detención de los hermanos Laureano y Miguel Ramos.

—Bien; y estos Ramos ¿qué son?

—La muestra.

—¿La muestra?

—¡Vamos! ¡Vamos! de los Ramos de nuestra Administración.

Las grandes potencias siguen cruzadas de brazos ante el desigual combate de Turquía y Grecia.

El ejército heleno estaba últimamente en Arta.

Pues ya se ha retirado también de Arta.

Y yo no sé si en Grecia se dice Arta en vez de Harta.

Pero llámelo usted H.

Han corrido voces de que se marchaba el Gobierno.

Y de que se marchaba por motivos misteriosos. Pero resulta mentira, y Gedeón está autorizado para declarar que el Gobierno conservador no se marcha.

Ni por asomo.

GEDEON

en la Exposición

DE BELLAS ARTES.

Irá un día de estos, y de su visita resultará algo práctico. ¿Qué será ello?

¡Contengan ustedes la natural impaciencia!

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 3

LOS ISIDROS EN LA PLAZA DE TOROS



Aplaudiendo el puntillero
LA CARRERA-ESTAFETA

NUEVO DICCIONARIO de la Real Academia gedeónica

(No confundirla con la de enfrente)

(CONTINUACIÓN)

AQUILATAR.—Lo que hace cuidadosamente el señor Cánovas con los méritos de los generales que no van a la Huerta.

AQUILÓN.—Viento que todavía usan algunos poetas lameados. Es muy útil para cantables y coros de zarzuela.

AQUISTAR.—Palabra que emplea únicamente el Sr. Castelar, en vez de *conquistar*, porque él entiende muy poco de conquistas.

ARABISTA.—Le fué el Sr. Cánovas en sus buenos tiempos. Ahora, como todo está tan malo, prefiere ser hebráizante.

ARADOR.—Para ello les sobran más de mil á casi todos nuestros oradores. || Insecto muy pequinito, pero que pica lo mismo que los grandes: hay algunos ministros de esta especie. || *No se saca arador con pala de asadón*: refrán que denota cómo es innecesaria una crisis total para echar fuera á Castellano y á Tejada.

ARAGONÉS.—Natural de Aragón, no muy fácil de reconocer á primera vista; Castellano, por ejemplo, es un aragonés de *La Dolores*, ó cosa así.

ARANCEL.—Triquiñuela de la cual entienden muy pocos y se aprovechan muchos. Algo tendrá, cuando los Sres. Moret y Navarrete han sido, durante algún tiempo, dos seres eminentemente *arancelarios*.

ARAÑA.—Merecen verse las del círculo Liberal recién inaugurado. Tiene muy buenas arañas el partido.

ARANAZO.—Resultado final de casi todos los duelos á muerte.

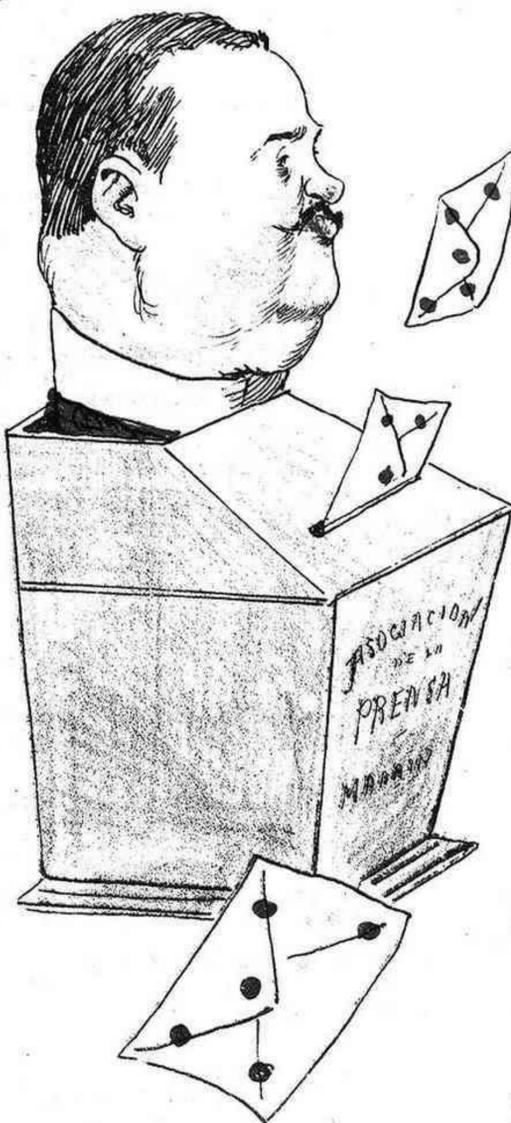
ARBITRAJE.—Medio pacífico de que todo se concluya con arañazos y nada más.

ARBITRAR.—Para el señor ministro de Hacienda, es sinónimo de acudir al Banco.

ARBITRARIEDAD.—Proceder usual y corriente de casi todas las autoridades y gobiernos de España. Gedeón cree que en los demás países acontecerá lo mismo y que la *arbitrariedad* es una palabra vana inventada por las oposiciones.

ARBITRO.—De todos nuestros destinos, perpétuamente lo es el Sr. Cánovas.

ARBOL.—Genealógico: objeto facilísimo de hacer y más fácil de vender y comprar, como demostró el señor conde de Xiquena. || *De Judas*: el que no ha habido para Sanguily ni le habrá para Rius Rivera y cofrades. || *Del amor*: es un árbol que se encuentra en la plaza de las Cortes, frente á un par de ojos que ojos, señora mía! || *Del árbol caído todos hacen leña*: razón de cierto viaje á Burdeos emprendido sin fines vinícolas por el Sr. Romero Robledo. || *Quien á buen árbol se arrima*: razón que tiene el Sr. Cánovas para arrimarse á Morlesín.



El mejor buzón cuando *El Tiempo* urge.

LA OFTALMÍA DEL GENERAL

(LO QUE OPINAN LOS DOCTORES)

Viniendo el general enfermo de la vista ¿cómo quieren ustedes que D. Antonio dé el *Visto Bueno* á las manifestaciones?

Atanasio Morlesín.

Entre la *tournee* de Polavieja y la mía, de cuya fecha no quiero acordarme ¡qué diferencial! El llega enfermo de los ojos, yo llegué rabiando de los oídos.

Cánovas.

Diga usted D. Antonio, en vista del padecimiento del general, ¿le parece á usted que con el próximo correo de Cuba, le escriba una carta á Santa Lucía?

Martín Campos.

Dicen que la gravedad del general está únicamente en su ojo derecho. Indudablemente por el susodicho ojo derecho le ha entrado algo. ¿Habré sido yo?

Silvela.

El ministerio de mi cargo está en el palacio de Buenavista y el general viene enfermo de ella. Ergo no debemos bajar de uniforme á la estación.

Ascárraga.

No se apure usted, mi general ¡para lo que hay que ver!

Gedeón.

¿Será contagiosa la oftalmía del general? Tiemblo entonces por los ojos bordados en mi casaca de ministro.

Castellano.

La dolencia del general sigue su curso. Sin embargo, no son gafas negras sino otra cosa lo que trae montado en la nariz.

Augusto Figueroa.

Y de las niñas de los ojos del general ¿qué?

Sagasta.

Los anteojos verdes se imponen. Pero si el general lo vé todo verde ¿cómo ha podido asociarse á la manifestación el marqués de Comillas?

Linares Rivas.

Si á Polavieja le incomoda la *luz*, el mejor alojamiento para él es el ministerio de Hacienda.

Navarro Reverter.

Como amigo de Polavieja debo bajar al andén, como presidente del Ayuntamiento no puedo abandonar la campanilla. ¿Podré repicar ésta é ir además en la procesión?

Sánchez Toca.